

IN MEMORIAM

Por mucho que se reitere lo natural que resulta la muerte como parte de la vida, siempre los que se quedan lamentan la desaparición física de aquellos con los que se han compartido tareas, proyectos, esperanzas, y hasta sinsabores.

Arquitectura y Urbanismo rinde homenaje a varios arquitectos: Ellos son Gleida Rodríguez Pérez, Vicente Lanz García y Emilio Escobar Loret de Mola. También en lo transcurrido de este año 2008, falleció en el mes de enero el arquitecto Manuel Rebollo, quien fuera seleccionado el pasado año como premio vida y obra de la Provincia Habana. En el mes de abril, el arquitecto Félix Pina, cuya labor durante muchos años se desarrolló en proyectos de hospitales y, aunque jubilado, continuaba prestando su colaboración como asesor del Ministerio de la Construcción. Igualmente en abril, el arquitecto José Pereda, presidente hasta su fallecimiento de la sección de base número 110 de la UNAICC, la que reúne, entre otros, a los jubilados, pero que es una de las más activas, gracias al propio impulso que le imprimía Pereda.

Para todos, nuestro más sentido recuerdo.

ADIÓS, QUERIDA GLEIDA



Gleida Rodríguez Pérez nació el 26 de agosto de 1948 y se graduó de Arquitecta en el año 1971 en la Escuela de Arquitectura de la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría. Desarrolló una destacada labor profesional distinguiéndose por la calidad, rigor y excelencia en los diferentes resultados obtenidos.

Su inicio laboral integrada a la Bolsa Técnica del Centro Técnico Superior de la

Construcción, para prestar servicios en la Universidad de Oriente, donde fue profesora en la Escuela de Arquitectura, en la que impartió diferentes asignaturas del Departamento de Diseño Arquitectónico y en la Dirección Técnica del DESA (Desarrollo Social y Agropecuario) entre 1972 y 1976 como proyectista, en servicios tales como Proyecto de Politécnico para el Desarrollo del Arroz, Vado del Yeso en Granma; Proyecto Escuela Formadora de Maestros para zona sísmica en Santiago de Cuba (2 000 alumnos), en Manzanillo y en Las Tunas; proyecto para uno de los Monumentos a los Asaltantes al Cuartel Moncada en la Carretera de Siboney en Santiago de Cuba, y Proyecto Ejecutivo de la Escuela de Iniciación Deportiva (EIDE) Santiago de Cuba, como los más relevantes.

A partir del año 1977, en la actual Empresa de Proyectos (EMPROY 15), Gleida comenzó a trabajar como proyectista principal, luego como jefa de la Sección de Obras Escolares y del Departamento, más tarde como vicedirectora técnica y (o) de producción y sustituta del director en varias ocasiones. Allí realizó diferentes proyectos como: Proyecto del Instituto Superior de Ciencias Médicas Santiago No. 2 y el de Manzanillo; Propuesta de Anteproyecto del Politécnico de Baní en Santo Domingo y ofertas para escuelas primarias en Guyana. En el año 2007 continuaba atendiendo el Área Técnica en dicha Empresa.

Obtuvo la categoría de Profesora Auxiliar Adjunto de la Universidad de Oriente, fue tutora de numerosos trabajos de diploma y ejerció en muchas ocasiones como ponente y tribunal en dicha especialidad. Estuvo impartiendo clases como Profesora Adjunta en la Facultad de Construcciones prácticamente hasta el momento de su deceso, destacándose por la calidad de las mismas, por la dedicación al trabajo con sus alumnos y las buenas relaciones dentro del colectivo docente.

Preocupada siempre por su superación, asistió sistemáticamente durante su vida laboral a diversos cursos de posgrado en las especialidades de computación, marketing, dirección, contabilidad y finanzas, así como al Diplomado en Dirección Integrada de Proyecto. Recibió un curso de entrenamiento en Bulgaria por seis meses.

Participó en numerosos eventos y congresos tanto en Cuba como en otros países, destacándose en la Primera Bial de Arquitectura e Ingeniería, el Seminario Internacional de Arte y

Arquitectura y el Segundo Encuentro Latinoamericano de Arquitectos en el Colegio de Arquitectos de Córdoba, Argentina.

Durante su vida laboral fue acreedora de varias distinciones por parte de la Dirección Técnica del MICONS Nacional, así como la Medalla Armando Mestre, la Medalla por el XX Aniversario de la CTC y la Medalla por el XL Aniversario de las FAR.

Fundadora de la UNAICC, desarrolló siempre un excelente trabajo en las Juntas Directivas Provincial y Nacional, en su período de mandato como presidenta de Santiago de Cuba y como miembro del Comité Nacional en algunos años, cargo este último que mantenía en el 2007. Por todo lo anterior, la Sociedad de Arquitectura en la provincia Santiago de Cuba decidió que Gleida no solo estuviera dentro de las filas de los profesionales de alto nivel, sino que también fuera merecedora de que se le otorgara el Premio Provincial 2005 como justo reconocimiento a toda una vida de dedicación, rigor y excelencia durante más de treinta y cinco años en la esfera de la Arquitectura.

En el orden personal se caracterizó siempre por la atención integral a su familia, especialmente a su mamá y a sus dos hijos, los que tuvo que criar sola, desde pequeños, ante el fallecimiento de su padre en el año 1988, durante el cumplimiento de una misión internacionalista en Angola. Fue una revolucionaria destacada, brigadista Conrado Benítez, muy exigente en su trabajo y consigo misma, militante de la UJC durante varios años –con Medalla laureada– hasta que pasó a integrar las filas del Partido Comunista de Cuba, manteniendo la condición de militante hasta su fallecimiento.

Su exigencia, su espíritu crítico y autocrítico no la alejaron de los trabajadores que dirigía, porque se caracterizaba por atender los problemas personales que pudieran tener hasta en los más mínimos detalles. Tenía un alto sentido de la amistad, la lealtad, el compañerismo, y lograba efectuar las críticas adecuadamente cuando era necesario.

Era solidaria, alegre y optimista, con un alto sentido del deber, la responsabilidad y el entusiasmo ante las tareas que realizaba. Falleció inesperadamente el 26 de octubre del 2007, víctima de una meningoencefalitis, dejando a sus hijos, familiares y amigos con una pena profunda por su desaparición física.

Marta Lora

Santiago de Cuba, noviembre 2007

ANTES Y DESPUÉS DE 1959... ¿ARQUITECTOS? ...-¡SIEMPRE! UNA CONVERSACIÓN CON VICENTE LANZ

Juan García

¿Sabe Vicente?, Quiero llegar a algunas conclusiones y llevo días rastreando en sus papeles, en sus cajas ordenadas llenas de sobres con negativos clasificados, en sus álbums de fotos, en los expedientes de obras, en los rollos de copias de planos y planos en papel alba, de croquis y anotaciones sobre las variantes posibles de muchos de los proyectos realizados que alguna vez le ayudé a guardar. He revisado agendas, releído citas, nombres de amigos, dibujos improvisados, acotaciones. He encontrado carteles guardados, afiches. Sobres con escritos, notas para posibles videos. Revistas y libros. Llevo días husmeando en su entorno material, vivencial, convertido en recuerdo por su ausencia, y, ¡Qué pena tener que compartir la vida en el recuerdo impuesto por la muerte! ¡Y qué pena mayor que todo este arsenal vivido, espere de la arqueología el rescate! ¡O que se ausente naufragado de la tormenta o la desidia!

Primera conclusión al vuelo: Cultura que no se comunica no es cultura. Y antes del 59, se comunicaba. Después de 1959, dejó de comunicarse; paulatinamente se ha ido perdiendo esa comunicación y con ella la cultura: Cultura Arquitectónica me refiero.

Publicaciones nacionales: revistas *Espacio*, *Arquitectura Cuba*, anuarios de obras, catálogos; páginas en los diarios, reportajes, secciones en revistas no especializadas. Concursos y premiasiones. Publicaciones extranjeras, libros...aún en el entorno de los sesenta un fabuloso compendio de *Arquitectural Records* agrupados por tipos de obras en diez volúmenes. Pero saben, me comporto como arqueólogo y rastreo lo material tangible en este ordenar de la memoria, y Margot y Vicente guardan mucho material escrito sobre arquitectura acumulado hasta los años sesenta, desde donde se inicia un proceso sistemático de extinción, hasta casi perder la especie de las publicaciones.

Y la cultura no solo se comunica por el material impreso, donde además habría que tener en cuenta la cantidad de ejemplares, sino por el ámbito sensorial que la rodea. La vemos, la usamos, la tocamos; la fotografiamos, la exponemos,

es el ambiente del significado dramático en la aventura de cualquier medio audiovisual, cine, televisión; escribimos de ella, la leemos, la criticamos, la oímos en conferencias, la conversamos; la soñamos, divertimento o pesadilla, pero la soñamos, y, la imaginamos, es parte de nuestra utopía cotidiana.

Vicente me ha descubierto otras cosas. Recuerdo una vez que conversando sobre la arquitectura de los cincuenta, sobre cómo se habían ido formando esos códigos arquitectónicos de marcada cubanía que manejaban además, sin duda, varios arquitectos de su generación, me responde: –“¿Códigos?...te refieres a la mitad del bráxico?, nos reímos, y entonces continúa, –La arquitectura se hacía, la veíamos, se publicaban cosas, había buenos materiales; mira, el ladrillo era de Pinar del Río, muy bueno, así a vista gustaba...estos espacios fluidos, abiertos, la carpintería, también gustaban, no sé... nadie nos decía que teníamos que proyectar de una manera o de otra, no hubo ningún congreso para ponernos de acuerdo en eso... Yo le pregunto por los desniveles, por la reinterpretación de los vitrales, por el patio central remedo del colonial, por los garajes abiertos, la herrería, la distribución funcional de la casa...y él continúa:

–¿Los códigos?, reímos de nuevo y sigue, –Era algo que fluía espontáneamente. A uno lo buscaba el cliente, porque había visto una casa, o por lo que salía en la prensa y te lo decía así, que le había gustado aquella casa, los ambientes, y entonces que quería que tú le hicieras el proyecto y se lo hacíamos atendiendo a sus necesidades y presupuesto y también a sus gustos, pero como él nos había buscado porque le gustaba lo que hacíamos, teníamos mucha libertad para proyectar... ¿Los murales?, me seguía respondiendo, –muchas veces los incluíamos en las propuestas, conocíamos a los pintores, Amelia, Portocarrero, López D’Irupe, Sandú Darié, otras veces se lo sugeríamos al cliente, como la casa del doctor Suárez, aquí cerca, por 45...

¿Las tendencias internacionales? Bueno, sabíamos lo que se hacía fuera, el



Vicente Lanz

racionalismo, aquí Moenk, Quintana, Rubio, estaban en esa línea, austera, un poco seca... ¿Antes, antes dices? ¿La llamada Arquitectura Moderna? –se detiene y piensa, –Mira a la salida del puente de 23 a la derecha hay un conjunto de casitas blancas, son como tres, que a mí me llamaban la atención, eran diferentes, era un estudio indefinible, distintas hasta lo que se hacía en ese momento... y le pregunta a Margot: –¿Tu recuerdas alguna en particular, que nos llamara la atención?

–A nosotros en viviendas... –se lleva la mano a la cara– a mí me llamaba la atención el estilo ese que empezó Max Borges, y Mira y Rosich, y Martínez Vargas que empezó una arquitectura de viviendas que era así medio que de madera y tejas, que a nosotros nos hacía idea de una arquitectura medio que californiana, pero a mí no me atraía eso que le llaman arquitectura art decó, además como término jamás nadie dijo entonces art decó... Decíamos mira el edificio América, mira el hospital de Luis de Soto, que era profesor nuestro, fuimos a verlo, las visitábamos...Eso digamos y era arquitectura moderna... los estilos eran los clásicos, incluido el art-nouveaux, que no era clásico, pero sí clasificaba como estilo...

Pregunto, ¿Y el decó no?, ahora es Vicente el que arremete:

–El decó nadie lo mencionaba, ese es un invento tuyo, de tu generación.

Insisto: –El nombre, pero el estilo existía...

Y Margot lo apoya: –Ese que empezó a cambiar, ese reteté de planos en distintos niveles, –y mueve las manos extendidas hacia delante y hacia atrás, de mucha línea recta, y muchas verticales...

Sigue Vicente: –Y también uno veía muchos edificios en revistas, se discutía mucho de obras y arquitectos destacados que venían en las revistas...

–¿Arquitecto internacional preferido? –le pregunto.

–Wright, prefiero esa arquitectura orgánica, que también es racional, pero más humana, con mejor tratamiento de los materiales en su expresión, más intimista...Hubo un libro sobre ranchos americanos, que circuló mucho en esos años...

(Le anoto, *Western Ranch Houses de Cliff May 1948 y Casitas particulares en América del Norte* de Francisco C. Morand 1952), y continuó: Joaquín Weiss, recoge en el capítulo sobre arquitectura cubana el edificio que ustedes proyectaron en la firma Pizarro Lanz del Pozo en 27 y O, como un importante edificio moderno...

–Bueno, me responde, fuimos atrevidos en los voladizos de los balcones, queríamos hacer terrazas que se pudieran usar, no balcones para asomarse, sino terrazas para estar y para unas cuantas personas; la sinuosidad y transparencia de la escalera y los interiores de los apartamentos siempre nos gustaron, aunque Joaquín no hace referencia a estos aspectos. Ese edificio nos dio a conocer bastante, y, ganar el concurso del edificio para el Club Atlántico en Santa María del Mar también. Fueron obras que se divulgaron bien...

–Vicente, he encontrado en una carpeta sobre la vivienda social en Colombia una nota para Ela O Farril, la cantante...y sobres con decenas de fotos de músicos y artistas, un álbum con caricaturas, hasta videos...

–Éramos amigos de muchos cantantes y músicos por esos años –me responde y sigue–. En las dos últimas casas que construimos para vivirlas nosotros, la de 41 y 32 y esta, la de Edison Sur, en ambas construimos un estudio de música para recibir a todos esos amigos, era la época del *Filin*, y casi siempre los sábados después de las funciones venían a descargar a la casa, aquí se conocieron muchos de ellos. Desde Bola de Nieve, Numidia Vaillant, que está en París, hasta Pablo Milanés que es el de la generación más joven que recuerdo; Marta Valdés, Elena Burke, Meme Solís, todos ellos amigos y amigos nuestros... También organizábamos reuniones informales, a veces dedicadas a la poesía, Guillén, recuerdo... Cuando llegaba algún amigo del extranjero pues pasábamos las diapositivas y nos contaba del viaje. Córdova y Ma. Victoria, los diseñadores de la EMPROVA, además de los diseños, nos actualizaban con las últimas tendencias musicales... recuerdo a Segre pasando sus diapos...

Una posible segunda conclusión, y es que supieron –quisieron y pudieron– compartir como muchos arquitectos de la época con otros artistas de otras manifestaciones. Se interrelacionaban las artes en el fluir normal de la cultura de la época y que de la misma manera que sucedió con las publicaciones, esto se fue perdiendo a partir de los sesenta...

–Vicente y, ¿Estos álbumes con fotos de actividades, de encuentros, el de caricaturas del *Filin*? Hay cuadros aún colgados...

–Pintaba..., me responde, tenía tiempo y lo buscaba para pintar; también hacía fotos, siempre me gustó la fotografía, las revelaba, si buscas bien encontrarás por ahí los restos del “laboratorio”, se ríe, del armario oscuro donde me encerraba. Hacía películas familiares y de los amigos. Tenía cámara y proyector de 8 y 16 mm. Si quieres concluir algo, di que eso fue con mayor fuerza antes del 59. La pintura, las fotos, las fui dejando porque se acabó la química, el papel; hasta los ochenta estuve revelando diapositivas...sí, yo mismo. Pero, sí eso se fue acabando, anota que después del 59 incrementé con el video la

afición a la fotografía y la posibilidad de editar y montar pequeños reportajes. Salimos algunas veces a filmar las violaciones urbanas, ¿Recuerdas?...

–Sí, es cierto, –le respondo– creo que he encontrado unos files con anotaciones para unos documentales, unas especies de guiones, secuencias para varios proyectos sobre la ciudad... inclusive uno dedicado a Martí.

–Sí, –me responde y toma la palabra–, pero tú sigue concluyendo, apunta que el equilibrio entre el interés familiar y el social se mantuvo antes y después del 59, solo cambiaban las cosas por qué preocuparse y el tiempo de dedicación. Martí siempre estuvo presente antes en mi familia. Participar en terminar el árbol genealógico de la descendencia Martiana lo creí necesario por los nietos, para ellos, porque además creí que era importante por la familia mantener clara la ubicación histórica y social.

–¿Y los proyectos?, –pregunto–, cuéntenme del antes y después del 59 en los proyectos...

–Mira, –dice Vicente– eso mejor que te lo responda Margot, que creo que ya lo tiene hasta por escrito. Y Margarita toma la palabra:

–Al inicio lo que sucedió fue que nuestro trabajo cambió. Antes, diseñábamos casas particulares, edificios particulares y algunos hoteles. Después de 1959, la demanda de arquitectos era tremenda, pero para proyectos gubernamentales. A veces nos llamaban a Vicente y a mí para varios proyectos a la vez y estábamos tan ocupados que no teníamos tiempo para preocuparnos de ropas, fiestas, ni nada parecido.

Empezamos a diseñar escuelas que se estaban construyendo en las montañas y después trabajamos muchísimo en granjas lecheras, centros de cría de ganado y centros de inseminación en el interior del país. Eran instalaciones muy modernas con aire acondicionado para el ganado Holstein que Cuba empezó a comprar en Canadá para mezclar con nuestro ganado Cebú.

(...) El trabajo era fascinante, pues nosotros llegábamos a esos lugares donde prácticamente no había señales de civilización y luego cuando regresábamos el desarrollo que había ocurrido en toda la zona era impresionante. Era un trabajo muy grato.

(...) Sí, nuestro trabajo cambió. –Se miran, reflexionan y asienten con la cabeza...y continúa Margot–. En el pasado, antes de 1959, tratábamos de construir con el mejor gusto y calidad posible dentro del presupuesto del cliente –el presupuesto de la gente era rara vez tan grande como las ideas de lo que querían construir–, pero nos enorgullecía hacer más con menos. Entonces estábamos resolviendo el problema de individuos aislados y después ayudábamos a resolver problemas de todo el país y eso era muy agradable.

(...) Yo diría que el trabajo más interesante que tuvimos fue el que hicimos para el desarrollo agropecuario, aunque las construcciones en sí mismas eran mucho más simples. ¡Pero eran tan útiles! Además Vicente y yo trabajábamos más unidos que nunca, moviéndonos para un lado y otro en el carro y hablando de lo que estábamos haciendo. A veces me maravilla de que nos estuvieran pagando por eso. Lo disfrutaba tanto que me parecía extraordinario que también me pagaran por hacerlo!”

–Antes y después del 59, cambian radicalmente de la arquitectura de viviendas a las construcciones agropecuarias, pregunto: ¿siguieron sintiéndose arquitectos?

–Siempre...responden al unísono y sin vacilar.

–¿Cuándo dejaron de ser arquitectos?

–Nunca...aún después que nos jubilaron, pudimos hacer unos proyectos para las microbrigadas en Marianao...De este oficio

uno nunca se retira, te podrán jubilar, pero nadie puede impedir que sigas, sino proyectando, insistiendo en cómo tienen que hacerse las cosas.

—Bueno, insisto, pero pasar de hacer arquitectura para el hombre, casas, interiores... a hacer construcciones para animales... ¿Eso lo sentían como hacer arquitectura?

—¡Pues claro!, tenían muchas complicaciones técnicas de instalaciones, de sistemas constructivos...y eran de una necesidad social tremenda, eran obras priorizadas de alto valor social...Y evidentemente transformaban el territorio, el paisaje... ¿Cómo le dices tú, ahora? ¡El ambiente! Eso, antes y ahora transformábamos el ambiente...

Y si alguna conclusión escribes de esto es que antes del 59 y después del 59... ¿Arquitectos? ¡Siempre!

Bueno Vicente, no vamos a discutir. Ya han pasado más de tres meses de su muerte y pasó también el 13 de Marzo, día del Arquitecto en Cuba, que aún sigue siendo —como me dijo una vez— una celebración que debemos rescatar nacionalmente. Y quiero ahora, que sin estar de físico presente está más cercano que nunca, recordarlo sacando a la luz sus obras e ideas porque es una manera de comprometernos en rescatar y mantener, para esta digna profesión de arquitectos, los principios y objetivos por los que usted batalló y aprobó en ocasión de reunimos en el año 98 a conmemorar los 50 años del primer Encuentro Nacional de Arquitectos del año 48, del cual usted fue participante, hace justo 60 años.

En sus palabras de apertura, en el año 1998, de conmemoración de aquel primer encuentro del 48, usted señaló como aspectos a dilucidar en el presente:

—“La forma de participación y remuneración de la labor de los arquitectos habrá de ser definida;

—La participación de arquitectos extranjeros debe ser reglamentada debidamente;

—El derecho de autor debe ser respetado y considerado especialmente en obras de restauración y modificación”

Y continuaba: “Ahora en las manos de ustedes está encontrar nuevos caminos para lograr un continuo desarrollo funcional, con calidad técnica, belleza y cubanía”. —y seguía diciéndonos— “Para terminar, quiero y pido que recordemos con amor, respeto y profundo cariño a Rubén Batista, José Antonio Echeverría, Ormani Arenado y José Ramón Fernández, mis estudiantes de arquitectura que defendiendo sus ideas dieron su vida en la lucha revolucionaria y creo que recordarlos es una forma de que estén aquí hoy con nosotros, como ellos hubieran querido estar, luchando juntos por un mundo mejor”.

Y concluía:

“¡Dos generaciones han pasado! En condiciones muy distintas a las de ahora, con problemas diferentes a confrontar y resolver, pero con arquitectos capaces y dispuestos a luchar por su profesión, la patria y el desarrollo de ambas!”.

Vicente, solo me queda por apuntarle, que no dos, sino tres generaciones ya han pasado y que como usted confió, yo también confío tremendamente en la tercera, en la de sus nietos, en la de nuestros hijos, en la llamada generación Y.

Aquí y hoy, en esta Convención Nacional de Arquitectura, le agradezco su vida y, le ratifico, que de la misma manera que usted luchó, lucharemos nosotros con nuestros hijos por los cambios NO aplazables más y necesarios YA, para la Profesión, la Patria y la Vida misma.

Juan García y Yolanda Lanz, arquitectos,
Visto bueno Margot del Pozo, arquitecta.
La Habana, 16 de abril de 2008.

IN MEMORIAM



Edificio en 27 y O, El Vedado.
Vicente Lanz y Margot del Pozo.



Edificio en 21 y N, El Vedado.
Vicente Lanz y Margot del Pozo.



Policlínico Asclepios.
Vicente Lanz y Margot del Pozo.



Vicente Lanz y Margot del Pozo.

IN MEMORIAM



EMILIO POR EMILIO, DE LIMA A LA HABANA

Yo llegué a La Habana por barco, procedente de Lima, una mañana lluviosa en uno de los últimos días del mes de diciembre de 1940. Al amanecer había visto, a través del ojo de buey del camarote que ocupábamos mi familia y yo, una primitiva balsa tripulada por un hombre que se movía paralela a una costa de tupidos manglares. En mi recuerdo, el “Copiapó”, barco chileno de carga y pasajeros, navegaba a una distancia improbablemente cercana a los cayos de la costa norte de Pinar del Río. Pero la escena se grabó en mi memoria de seis años, diría que sólidamente, y pienso que por alguna razón batimétrica, lo improbable fue cierto. En fin, así es como lo recuerdo. Cerca del mediodía y en medio del tráfico de los equipajes —muchos de ustedes recordarán que entonces se viajaba con baúles de gran tamaño—, mi madre me dijo: ¡Ahí está La Habana! Yo me asomé otra vez, y vi lo que ahora me doy cuenta que era el Morro por la parte de afuera. Imagínense mi perplejidad ante la mole de piedra que mi lógica en ciernes se negaba a aceptar como una ciudad. Durante algunos minutos me preocupó la idea de tener que vivir encerrado entre esos altos muros.

Tras un desayuno apresurado salimos a la cubierta en el momento en que la nave enfilaba por el canal de entrada de la bahía. Escuché a unos pasajeros comentar que habíamos llegado a La Habana, y yo, parado en la galería de babor, y mirando al castillo del Morro —pétreo e impresionante a gran altura sobre el barco— y que continuaba con la fortaleza de La Cabaña, pensé que mi madre había exagerado acerca de la belleza y extensión de la capital de Cuba. Perdí la oportunidad de apreciar la vista de estribor, de la Avenida del Puerto con sus parques y Anfiteatro, y el Palacio Presidencial al fondo de la Avenida de las Misiones. La posición en la vida, como ustedes saben, varía la visión de uno.

Atracamos en un espigón interior del edificio de la Aduana, a cuya segunda planta accedimos desde la cubierta del barco. Solo al salir de ahí pude encontrarme con la ciudad, que al contrario de la silenciosa y legendaria Lima en que nací, bullía, a pesar de la llovizna, con mil sonidos, pregones, color y movimiento. Entonces me di cuenta que mi madre se había quedado corta en sus descripciones y que la urbe a la que me asomaba, prometía parques y tráfico, grandes edificios y gente alegre. Pero por el momento, mi Habana fue el hotel Trocha en Calzada y Dos, en El Vedado. Aún tenía buena presencia, y los jardines y fuentes se mantenían cuidados. Dos enormes leones de hierro flanqueaban la entrada y una vetusta fuente de rocalla con peces dorados se alzaba en el cruce de dos senderos engravillados. Solo estuve seis días en La Habana, que alcanzaron para que la en aquel entonces extensa familia de mi madre nos visitara tarde tras tarde,

en un desfile cariñoso o protocolar, según tocara. En ese corto plazo fui conociendo a mis tíos y primos de sonoros apellidos camagüeyanos, devenidos habaneros. Tras varios días de interacción social me trasladé a Holguín con mi madre y hermano para una estancia de varios meses en aquella localidad. Volvimos a la capital en junio de 1941.

Aquí me van a perdonar una disquisición: cuando yo llegué a La Habana, había una Lima que venía conmigo y desde entonces han viajado juntas las dos ciudades. Nunca he dejado de saber que la Lima que va conmigo, por muy pequeño que yo fuera cuando la dejé, por muy borrosamente que la recuerde, por muy incompleta que aparezca a mi memoria, es *mi* Lima. Llevo más de sesenta años a caballo entre dos ciudades. Las dos, capitales. Las dos entrañables.

Y les diré unas palabras sobre mi familia cubano-peruana, pues no todos me conocen tanto. Ya tras la Guerra de los Diez Años los Loret de Mola, oriundos de Camagüey y originalmente bretones franceses, se habían extendido sobre las tierras de Latinoamérica, arraigándose en las mismas, aunque manteniendo una estrecha relación con el tronco cubano. Perú, México, Colombia y Venezuela fueron los principales países, aunque solo el primero mantuvo esta relación hasta el presente, constituyendo una familia que aunque lejana geográficamente, se ha mantenido afectivamente cercana. Bueno, en los últimos cuarenta años también ha crecido una nutridísima colonia Mola en los Estados Unidos.

Mi segunda llegada a La Habana fue por tren, y el paso de los elevados, con la ciudad a un lado y el puerto al otro, fue espectacular. Un hidroavión de la Pan American despegaba en ese momento de las aguas de la bahía. Para mí, la doble valencia del puerto habanero, con barcos y aviones llegando y partiendo, fue de gran efecto. Cuando dejaron de volar los hidroaviones a La Habana, se perdió algo espectacular. Desde entonces, al puerto le falta algo. Bueno, si van al puerto verán que últimamente también le faltan barcos.

Viví hasta los veinte años de edad en el barrio de Almendares, en el entonces municipio de Marianao, en lo que es hoy Playa. Mi conexión con La Habana era mediante la Ruta 30, que rendía un servicio bastante bueno, llegando en la década de los cincuenta a pasar, increíblemente, ¡cada tres minutos exactos! Los tranvías circularon hasta 1952, y eran algo lentos, aunque más seguros que las guaguas. Quitarlos fue un jugoso negocio entre las empresas importadoras de petróleo, los autobuses modernos, marca Leyland, y el gobierno de Carlos Prío Socarrás. Se había planeado hacer a la inversa el recorrido que el presidente Estrada Palma hiciera en 1902, cuando se inauguró el servicio, desde el paradero de los tranvías al Palacio Presidencial de aquella época. Carlos Prío, el presidente de la República, tomaría el tranvía en Palacio y se bajaría en el mismo paradero de cincuenta años atrás. El golpe de estado de Batista el 10 de marzo del mismo año hizo imposible la sentimental ceremonia. Los tranvías se despidieron en lo que pienso que haya sido una tarde lluviosa y triste, un día cualquiera de marzo de aquel año.

Mi Habana en la primera mitad de los años cuarenta era Almendares, El Vedado, La Habana de extramuros y La Habana Vieja. Una vez fui a la Loma del Mazo, de calles empinadas y en aquel entonces umbría vegetación, con señoriales casas desiertas en donde se vendían muebles en los que aún se sentaban los fantasmas de sus antiguos dueños. Por lo menos en ese viaje mío a las antípodas urbanas, acompañando a mi madre y hermano, hice esa lectura fantástica mientras ella ajustaba

precios de compra de un juego de portal de mimbre que incluía una *chaise longue*, una mesa de centro y cuatro balances, además de una alta sombrerera de madera, de espejo al medio y bastoneras laterales.

Avatares del capitalismo dependiente nos habían traído a la Isla, y durante algún tiempo me mantuve en la Habana modesta, con eventuales y escasos asomos a la Habana de lujo, bella e inalcanzable. El Miramar Yacht Club, con su monumental edificio playero de madera, flanqueado por torres gemelas, me brindó en el verano de 1941, y por generosidad familiar, una semana de sol, arena y mar. Quizás algunos de ustedes disientan, pero en mi opinión, la pobreza no es un mérito, es una desgracia.

El paso del tiempo fue aumentando el radio de mi independencia, y al ser matriculado en el colegio Cima en la actual Calle 13 en el municipio de Playa, frente al entonces todavía inexistente cine Metropolitan, alcancé cierta sensación de libertad, pues durante los siguientes cinco años me moví con alguna soltura entre Miramar, la Ampliación de Almendares y La Sierra. En esta última vivía Mayito Coyula, compañero del Cima. En su casa había un patio con una mata de mango, a la que a veces este se subía a comer carne cruda, inspirado por los libros de Tzán. También logré llegar a la costa, a la altura de la calle 76, y asomarme a la corriente del Golfo. Los baños en lo que denominábamos *Rocking Beach*, nunca reportados por mí en casa, eran la culminación de grandes aventuras a través de un Monte Barreto poblado por imaginarios espías alemanes y japoneses, y que era aún virgen de Cohiba-Habanas, Neptunos, Novohoteles y Jesuses de Miramar, y que brindaba a nuestra pandilla enormes satisfacciones. Aquel litoral era en esa época un campo de tiro del ejército, y la existencia de numerosos casquillos 3006 nos afirmaba en nuestro criterio de que el lugar había sido escenario de feroces combates contra un desembarco de agentes de Eje.

Mi ingreso al Instituto del Vedado en octubre del 47 multiplicó mi círculo de acción, pues El Vedado se brindó generoso a mis merodeos de estudiante de primer año de bachillerato. No diré que entrara en la ilegalidad docente, pero de vez en cuando nos *furtivábamos* de clases e íbamos varios compañeros y yo al puente de los tranvías, a subirnos a la estructura giratoria y disfrutar de su apertura de noventa grados cada vez que pasaba una embarcación de cierto porte por el río Almendares. Los recorridos por un Malecón que aún no llegaba a la Avenida de los Presidentes nos permitían recorrer dicha vía costera encaramados en su largo muro, desde el que podíamos observar sus dos lados: el de tierra, con sus veloces autos y edificios que entonces nos parecían altos; y el del mar, con sus arrecifes y antiguos baños de la época colonial, excavados en la dura roca. La llegada al Castillo de la Punta marcaba un alcance que luego de extendió a la Avenida del Puerto. En otras ocasiones íbamos a ver el Show del Mediodía de la CMQ con Germán Pinelli en el nuevo edificio de Radiocentro en L y 23. Donde está ahora Coppelia se alzaba entonces el antiguo hospital Reina Mercedes. La esquina del Habana Libre estaba sin construir, aunque la manzana poseía varios edificios Art Decó de apartamentos por la Calle 25, parecidos a los que hoy todavía se alzan enfrente por la Calle L. Cuando los derribaron en 1956 para dar paso a dicho hotel eran aún relativamente nuevos.

El Parque Martí, al que íbamos dos veces a la semana para las clases de educación física, estaba en franca decadencia en aquella época. Construido en los años treinta, había sido descuidado durante la siguiente década, y los terrenos de Volley ball, *Basket*, y las pistas de *Track* estaban en ruinas, El césped del campo de pelota y del resto de las áreas deportivas carecía de

mantenimiento adecuado. Las piscinas mostraban sus vasos secos. Pero nuestra turbamulta lo encontraba maravilloso, pues las tardes de esos dos días nos permitían expansionarnos libremente. Mas tarde, en el curso 1951-52 integré el *team de Foot Ball* americano del Instituto y era precisamente en los terrenos de este Parque donde se realizaban nuestras prácticas.

El Foot Ball ocupó obsesivamente gran parte de mi tiempo desde 1947 a 1953. Primero en la manigua colindante con el Campamento Militar de Columbia en Ampliación de Almendares, luego en el Instituto del Vedado, y al ingresar en la Facultad de Arquitectura jugué en el equipo Novicio con el team de los Caribes de la Universidad de La Habana. Los juegos se desarrollaban a gradas llenas en el Estadio Universitario, en la Tropical, y en los terrenos del Vedado Tennis Club. Este deporte, que se jugaba en Cuba desde el siglo XIX constituyó un reto para mí desde que vi el primer partido. Y digo un reto, pues jamás pesé lo necesario para jugarlo. Pero integrar el *team* era mi meta en el Instituto y la Universidad, y, contra todas las probabilidades lo conseguí en ambos lugares. En aquella época el término "bajar" era sinónimo de practicar el *Foot Ball* en la Universidad, ya que los terrenos se encuentran al pie de la histórica Colina. Así que una tarde del verano de 1952 "bajé" a mi encuentro con mi sueño dorado.

En marzo de 1952 cursaba yo el quinto año de bachillerato, y me preparaba mentalmente para el ingreso en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de La Habana. Y en eso, como el guanajo del verso criollo, llegó Fulgencio Batista y se partió el gajo del mundo cubano durante siete años de brega insurreccional. Por lo pronto, en ese marzo fatídico, muchas cosas comenzaron a irse al **badajo**. Para varios de nosotros arribó una responsabilidad que no estaba programada hasta la mayoría de edad. Nuestros diecisiete años asumieron una tarea que nos hizo percibir La Habana de forma diferente. Muchas esperanzas y destinos cambiaron de signo en la mañana del 10 de marzo.

Para los alumnos del Instituto que habíamos tomado partido de motu propio, la Calle 25 del Vedado se convirtió en el camino más corto hacia la acción insurreccional. Dicha vía nos llevaba al hospital Calixto García, y tras atravesarlo llegábamos hasta la Universidad de La Habana. En ambos lugares crecía un estrato juvenil del que emanarían en gran medida las futuras organizaciones revolucionarias. Esa juventud patriota y activa se personalizó en José Antonio Echeverría, Félix de Quesada, Julio García Oliveras, Gonzalo de Varona y otros entrañables compañeros, con los que establecí estrechas relaciones de amistad y militancia.

Siempre he pensado que las ciudades son como las vé cada espectador en cada momento, y que no hay dos visiones iguales de cada urbe. De ahí que La Habana de un joven despreocupado y feliz no es la misma por la que transita un anciano cuyos ojos registran un pasado urbano íntimo y subjetivo, al mismo tiempo que un presente objetivo y extraño. Son muchos los fantasmas que ahora doblan esquinas, saludan de la acera de enfrente, o caminan con nosotros en una añoranza de sombra a lo largo de avenidas a las que las empresas telefónica y eléctrica despojan, sistemáticamente y con gran dedicación, de sus árboles. Creo que la vegetación les inquieta. En el Parque Maceo girarán siempre los aviones de lata que monté de niño. Solo me basta mirar desde la esquina de Marqués González y San Lázaro.

Me van a perdonar las quizás excesivas derivaciones del tema central, y el tono a veces de catarsis que adopto, pero ustedes sabrán que cuando uno profundiza mucho en el recuerdo, las memorias afloran acompañadas de sentimientos casi olvidados.

La visión de la ciudad se va descomponiendo en impresionantes superposiciones de planos visuales correspondientes a determinados momentos en el tiempo, de hechos tomados de la memoria personal que persisten, aprovechando una coincidencia espacial —un parque, una esquina donde fuimos detenidos por la policía, la fachada de una casa donde residí en alguna época un amigo entrañable o una novia casi olvidada, la plaza Cadenas de entonces, en donde muchos estudiantes generosos decidieron en muchas ocasiones enfrentarse a la fuerza animal del poder. Y en la calle San Lázaro, una turbamulta de policías, soldados y esbirros variopintos enfrentarán desde 1952, en infinitas escenas la rabia y los puños de jóvenes airados, que gritan consignas, caen heridos —a veces mueren—, avanzan y sobrepasan Basarrate, Infanta, Espada, y todas las calles transversales que jalonaban entonces el camino del deber.

Hoy nuestros ojos buscan una pequeña bodega donde encontramos refugio de las balas, y esa imagen se contrapone y desvanece sobre el actual solar vacío y de cercado precario que ocupa aquel espacio. También el cuerpo ensangrentado de Rubén Batista Rubio aporta un toque de dolorosa nostalgia al pavimento donde hoy se encuentra estacionado un Audi de chapa HK. La deconstrucción de la ciudad por cada viandante define más la identidad de este que una autobiografía, por muy honesta que sea. Por alguna razón cercana al pensamiento de Derrida, la mente se desnuda en cada confesión urbana, en cada descripción ciudadana. Es curioso que tanto en Miami como en La Habana el tema predominante de conversación de los cubanos sea esta última. Hay muchas Habanas allá, llevadas consigo por nostálgicos miamenses.

La ciudad, desde lo alto de la Escalinata Universitaria, lució diferente desde aquel lunes en que, en horas de la madrugada, un antiguo sargento taquígrafo devenido Coronel por error político, y convertido en General por contumacia, entró en el centro castrense del país y la militarada ávida de participación lo siguió hasta donde él quiso. La Habana ganó en corrupción e inseguridad, y perdió en institucionalidad. Bueno, se perdieron, como ya dije, muchos futuros, creándose otros. Y la Universidad y su entorno se convirtieron, para muchos jóvenes, no solo en el centro de su actividad docente, sino en el marco de una esperanza colectiva de democracia y justicia.

En esa Habana que ya para entonces estaba yendo conmigo, empecé a encontrarme con la cultura, de manera espontánea, en sus diferentes manifestaciones. La ubicación de la Universidad de La Habana facilitaba el acceso a las pequeñas salas de teatro que salpicaban El Vedado. El Auditorium brindaba los domingos por la mañana durante la temporada de verano un concierto de música clásica, interpretado por la Orquesta Filarmónica de Proarte Musical. Varios cines de estreno, como el Riviera, el Triánón, el Radiocentro —llamado primero Warner y ahora Yara— estaban a distancia peatonal. También el lujoso Rodi, estrenado a mediados de los cincuenta, enriqueció la oferta cinematográfica. Y es bueno que recordemos los *shows* que muchos de estos cines presentaban entre películas en cada tanda. La Habana, como ustedes recuerdan, era visitada por compañías de teatro y ópera con cierta regularidad desde el siglo XIX, y eran frecuentes las funciones de teatro bufo por compañías españolas y cubanas.

Yo trabajaba en la segunda mitad de los años cincuenta como dibujante en el estudio del joven arquitecto Oscar Fernández Tauler, segundo catcher del Almendares, y que radicaba en la planta alta de una casa de La Sierra, cuyos bajos estaban ocupados por el taller de un artista plástico que algunos de ustedes deben haber

conocido, Rolando López Dirube. Rolando era sordo de cañón, y había estudiado los primeros años de la carrera de arquitecto en La Habana, asistiendo más tarde a la Escuela de San Fernando en Madrid; y vivió luego algún tiempo en el Greenwich Village de Nueva York, en plena bohemia artística. La casa de la Sierra era visitada muy a menudo por arquitectos, pintores, escultores y grabadores, como Camacho, *Cheché Sorzano*, Orlando Suárez y otros. Los estudiantes de arquitectura éramos varios, Mario Coyula, Armando Hernández, Marín, Ramonín Arechabaleta, y yo. Rolando me permitió colaborar con él en el mural situado a la entrada del Casino de Juego del Havana Riviera. Ahí están aún las dos o tres piezas escultóricas que hice en 1956.

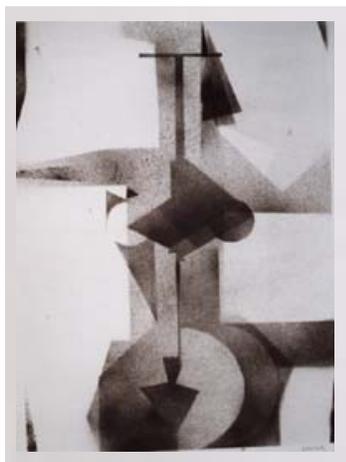
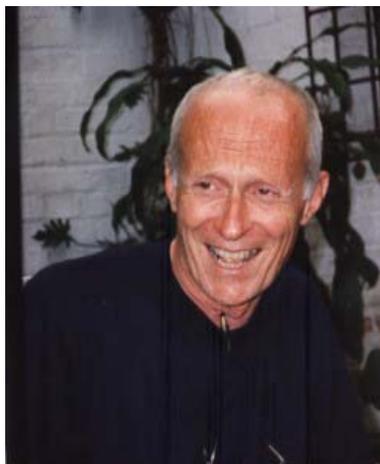
Los estudiantes tratábamos, con mucho tiento, de meter la cuchareta en las conversaciones de aquellos maestros aún jóvenes; y por lo menos oíamos sus conversaciones, las que por lo general tendían a la discusión enardecida, y compartíamos unas gloriosas tortillas vascas que preparaba Rolando, remojadas con algún tinto decente. Creo que aprendimos mucho acerca de arte y de arquitectura en aquellos tiempos. En el cincuentiocho comenzamos la construcción del edificio llamado ahora Hermanas Giralte en el cual habíamos colaborado Mayito y yo con el arquitecto que nos empleaba. El edificio fue creciendo al pasar de los meses, y como me había tocado estar a pie de obra durante las mañanas, pude ver diariamente como la Habana se iba extendiendo a mis pies al aumentar la altura. Ese lento cambio del ángulo de visión alrededor mío me hizo comprender mejor la ciudad y la escala urbana. Tenía el plan de filmar la ciudad que crecía desde el *winche* en movimiento, cuando llegáramos al piso diecinueve. El primero de enero me dejó encofrando el séptimo piso. Me quedé con las ganas de terminar aquel viaje en vertical de la Calle 23 casi esquina a E.

La Habana que va conmigo lleva consigo todas las fiestas a las que fui, desde un cumpleaños de mi prima Nina Socarrás en Ampliación de Almendares en 1947, hasta la boda de Carmencita Coyula en la Sierra, en 1959. En esos veintidós años de cumbancha nocturna y actividades serias el resto del tiempo, hice lo posible por desconectar por breves horas las preocupaciones, sobre todo a partir de 1952. No sé si ustedes hicieron igual. Creo que cada uno tiene el derecho de autoflagelarse, si quiere. Aunque ya bastante hostigaba la fuerza represiva batistiana a los jóvenes cubanos, como para que estos se negaran algún momento de diversión. Aún recuerdo una fiesta de sábado por la noche frente a la Iglesia del Ángel en La Habana Vieja adonde asistí con José Antonio Echeverría y Emilito Morata. La imagen del Gordo, con su guayabera blanca, bailando con una muchacha, y caminando por la calle Compostela, aún se mueve en el video de mi memoria.

Las fiestas contribuyeron mucho a mi conocimiento de la ciudad, pues uno iba lo mismo a la Víbora, que a La Habana Vieja, al Cerro, que a Miramar, al Vedado, que a Marianao. Y también estaba la cuestión del rango social de los festejos. A una fiesta de quince en el Habana Biltmore Yacht and Country Club, sucedía otra en un sencillo patio de la calle O'Reilly, pero lo que determinaba la calidad del **guateque** era el factor humano. Especialmente el femenino. En fin, todos aquí somos perros viejos y sabemos de lo que estoy hablando. La realidad es que se producía un entrecruzamiento de relaciones que recorría la trama social, urbana, y económica de la Habana, y enriquecía nuestras vivencias juveniles. Más tarde, muchas de aquellas relaciones adquiridas en la fiestas, colaborarían, consciente o inconscientemente con nuestras actividades insurreccionales.

Emilio Escobar
y algunas de sus obras

A la derecha, arriba: El Parque de los Mártires Universitarios, Infanta y San Lázaro, Centro Habana (junto a M. Coyula, S. Domínguez. A la derecha, abajo: Monumento a los Mártires del 13 de Marzo, Cementerio de Colón, Plaza (junto a M. Coyula y J. Villa). Abajo, muestra de sus obras escultóricas y pictóricas.



Los cines de La Habana fueron, durante mi niñez y juventud, imprescindibles centros de entretenimiento. Los domingos por la tarde aquellos atraían a miles de muchachos de todas las edades, y la oferta fílmica en esos días de la semana rayaba en lo increíble. El Metropolitan, que era el cine que me “tocaba” a mí por su cercanía, en la actual Calle 13 de Ampliación de Almendares, ofrecía, comenzando a la una de la tarde, seis comedias, siete cartones, una película de vaqueros, dos películas, tres noticieros informativos, y una película adicional a las ocho y media de la noche. Uno llegaba a la casa agotado, pero saciado de aventuras, comedias musicales, y otros alimentos espirituales. Además, el cine era el lugar en donde durante ocho o nueve horas, cada domingo, dirigía uno la atención no solo a las proyecciones cinematográficas, sino que muchachos y muchachas se buscaban y encontraban en la oscuridad del lunetario y donde los éxitos y los fracasos constituían verdaderos dramas, tragedias, y a veces hasta comedias.

Luego, los grupos de jóvenes espectadores caminaban parloteando despreocupadamente hacia sus casas a lo largo de la, para nosotros entonces, anchísima Calle 12. Estas escenas se registraban de forma parecida en muchos de los cines y barrios de La Habana. Mas tarde, ya con 14 ó 15 años, extendí mi acción a los cines de El Vedado y la Víbora. Aquella estructura “socio-educativa” de los cines habaneros cambió con el tiempo, y la verdad es que no sé como es ahora, no sé qué piensan ustedes. Confío en que las actividades equivalentes actuales sean tan divertidas e inspiradoras como lo fueron para mi generación durante los años cuarenta y cincuenta.

La Universidad de La Habana es parte importante de La Habana que va conmigo. Esa microurbe inscrita en la antigua loma de Aróstegui es una de las áreas más entrañables de mi ciudad. Allí comencé y terminé mi carrera de arquitecto. Allí conocí a muchos de mis más queridos amigos, muchos de los cuales me acogieron junto a ellos como compañero en las luchas contra la dictadura de Batista. Aquellos a quienes el afecto y la nostalgia han fijado indisolublemente en mi memoria.

La magia del nombre de esta ciudad ha cautivado al mundo entero. El gentilicio Habana, con su artículo determinado, “La”, marginó el legítimo San Cristóbal, más universal, pero francamente menos original. El 20 de diciembre de 1592, una Real Cédula de Don Felipe II proclamaba que “...Por la presente quiero, y es mi voluntad, que ahora y de aquí en adelante para siempre jamás la dicha villa sea y se intitule la Ciudad de San Cristóbal de la Habana...”. San Cristóbal de La Habana no lo ha sido nunca jamás. Con algo de lesa majestad los cubanos, y el resto del mundo simplificaron en un sonoro **La Habana** el apelativo. El mismo ha conjurado visiones de rica cultura y tradiciones, gloriosa historia, buena arquitectura, bellas mujeres, buen tabaco, delicioso ron, música irresistible, animación permanente. Buenos hubiéramos estado nosotros diciendo: el San Cristóbal de La Habana que Va Conmigo. . .

Emilio Escobar, Junio 5, 1998

Texto leído en la sede de la Maqueta de La Habana, en el ciclo de conferencias “La Habana que va conmigo”

IN MEMORIAM

LA PIEDRA TIERNA Y EL FILO DEL ACERO

¿Es Emilio Escobar un arquitecto que se dedica a hacer esculturas en sus ratos libres, como Ingres a tocar su violín, o más bien un escultor resignado a dibujar planos de edificios sin poner mucha esperanza en que un día se construyan?

El acercamiento profesional de Escobar a la escultura pasó por una monetaria que desde sus primeras realizaciones a mediados de los años sesenta —en algunas de las cuales participamos juntos— rompió decididamente con la retórica vacua de la escultura conmemorativa; pero sus incursiones dentro de la escultura ambiental y la de pequeño formato durante la última década han ganado por derecho propio una autonomía que, sin embargo, no brota de una ruptura con su manera difícil y muy personal de comprender al mundo. Esa consecuencia entre temperamento y obra se corresponde con una vida de luchas, conquistas, fidelidades y renunciaciones donde este hombre pálido y delgado, de exterior duro como la piedra y el acero que trabaja, deja entrever pudorosamente de cuando en cuando un jirón de entraña tierna.

Las pequeñas piedras que Emilio Escobar desgasta y pule, quitando como el divino toscano lo que sobra, toman su forma, siempre sin terminar, de lo que el propio material sugiere; y en sus crestas alisadas y hondonadas oscuras y sensuales reafirman una líbido antológica de gozos y de sombras que lo sostiene y anima en su persecución de gigantes que no siempre son molinos. Escobar salta sin angustias de una escala intimista hecha para la palma de la mano, que incita a recorrer junto con él todo ese proceso por el cual la piedra tomó vida, y llega en sus obras de gran formato hasta otra escala más urbana que reclama del espectador una secuencia de recorridos y ángulos visuales para acercarse a la pieza, rodearla y dejarla atrás —que es en definitiva otra forma de apropiación sin necesidad de tomarla con la mano.

Común a toda su obra, tanto la más abstracta como la sutilmente figurativa, es la búsqueda de lo esencial, que a veces lo acerca al minimalismo y siempre a la concentración de significados; el fuerte andamiaje conceptual, sin vericuetos



Emilio Escobar. Escultura de pequeño formato.

estructuralistas; y sobre todo la sugerencia de lecturas múltiples y cambiantes que hacen de sus piezas artefactos para ejercitar la imaginación, y que incitan al espectador a completar por su cuenta lo que a veces aparece solamente como una sugerencia.

Con una larga trayectoria dedicada a la creación de formas y espacios, Escobar ha dejado una estela de amores y rencores que no son más que dos caras complementarias impostadas sobre un mismo núcleo, como el Jano de los Antiguos: la esencia misma de la vida, o al menos, esa engañosa pero dulce impresión que nos anima a seguir viviendo.

Mario Coyula,
La Habana, diciembre de 1997

DÉJAME QUE TE CUENTE LIMEÑO...

Así podría haber sido, con fondo de Chabuca Granda, si nos ancláramos en aquella primavera solo algo más de setenta años atrás. Pero la historia cambió el rumbo y decidió el recorrido de Lima a La Habana. De apellido aristocrático no dudó en vincularse a las luchas estudiantiles por un mundo mejor.

Graduado de Arquitecto en la Universidad de La Habana en 1962, se vincula desde 1959, antes de recibirse, con tareas profesionales y en esa fecha colabora en la Ciudad Camilo Cienfuegos en Habana del Este. La prueba de fuego sin dudas lo constituyeron los proyectos para nuevos

pueblos campesinos, realizados entre 1960 y 1962: las cooperativas de Cayo Redondo, Las Novillas, Pilón, en la actual provincia Granma, conocieron de su actividad creativa, conjuntamente con la actividad de planeamiento de la red de pueblos campesinos para toda Cuba, fue una etapa de ricas experiencias. Otras obras andan por ahí, exhibiendo su sello: el parque monumento a los Mártires Universitarios junto a Mario Coyula, Sonia Domínguez y Armando Hernández; la pizzería de 31 y 44 en Playa —de moda cuando estudiaba y que conocíamos como “la pizzería de Escobar”—, el internado para los estudiantes de medicina en Victoria de Girón; el mausoleo a los caídos el 13 de marzo de 1957, en el Cementerio de Colón —también con Mario Coyula—; y muchos otros que transitan desde la escala urbana a los conjuntos monumentarios, de la vivienda a la escultura de pequeño formato, del diseño de interiores hasta la elaboración de muebles y objetos como un cenicero o un juego de ajedrez, que alguien puede tener en la mesa de su casa.

Sus proyectos para el conjunto recreativo-cultural en el Jardín Botánico Nacional y para el Zoológico Nacional, así como los premiados en múltiples concursos, reflejan una madurez creciente en el manejo de componentes esenciales para la arquitectura cubana, como la luz, siempre protagonista indispensable. Experiencias que también se han extendido a otros países. Su labor en diversas organizaciones nacionales y extranjeras, como en CODEMA, dan muestra de una preocupación constante por el desarrollo de la cultura ambiental.

Pero a todo esto se suma, como actividad fundamental, su tarea en la formación de nuevas generaciones de arquitectos, asumida con entusiasmo desde 1961 y que desde la Facultad de Arquitectura de La Habana, se ha ampliado a universidades de Alemania, España, Estados Unidos, Perú..., en las cuales ha impartido cursos y conferencias.

A Emilio Escobar Loret de Mola, arquitecto de profesión y escultor por afición, profesor de corazón, a quien le encanta el “pan de haller”, distinguido por su andar desgarrado y su cáustico verbo, todo nuestro amor.

Eliana Cárdenas,
La Habana, 2005 y 9 de abril 2008